



## Esther y el teatro

Al volver la mirada atrás, ante la incertidumbre que abrume los horizontes, a veces aparece deslumbrante una presencia cuya memoria nos cuestiona desde la vigencia de su asombro, porque fue capaz de adelantar las preguntas que ahora nos asaltan. Así ocurre hoy entre la incertidumbre del teatro y el recuerdo de Esther Seligson. Su pensamiento sobre el teatro nos confronta con ese inquietante cuestionamiento en el que vinculaba el desenlace de la crisis espiritual del inicio del milenio a la sobrevivencia del teatro, cuya antigua novedad inventa lo humano.

Casi tanto como la experiencia de la literatura, la experiencia del teatro fue decisiva en la aventura espiritual de Esther. Tan decisiva como lo fue su complicidad estética con los creadores escénicos que en aquellos años entusiastas transformaron el teatro mexicano para siempre.

La experiencia del teatro suscitó en ella una asombrosa visión trágica capaz de descifrar el enigma fugaz de la duda y la dotó de una fuerza extraordinaria para mirar de frente al sol y a la muerte. Sin embargo, fue más Andrómaca que Casandra.

El teatro es interlocución. Hacer teatro es salir a la búsqueda de un espectador. Esther fue también el privilegio de una luminosa interlocución y la espectadora indispensable del movimiento renovador de nuestro teatro; articuló un discurso crítico que es a la vez testimonio de grandes hallazgos y anuncio de un futuro teatral. ¿Dónde queda la obra de los creadores escénicos? ¿En qué página se escriben? La creación escénica sucede en la

mente del espectador; la obra escénica sobrevive a su esencia efímera en la memoria viva de quien la experimenta. Todas las semanas durante muchos años, Esther publicó en la revista *Proceso* el testimonio de su experiencia del teatro, discurso crítico, pero también muchas veces, diario de una seducción. Tiempo después reunió sus columnas en un libro imprescindible al que le dio un título que hoy resulta paradójico: *El Festín efímero*. Al abrir hoy sus páginas sorprende experimentar cómo late lleno de vida aquel festín.

Su experiencia mayor del teatro consistió en su enseñanza en las escuelas de actuación. Fue maestra decisiva de actrices y de actores. Entendía como el Goethe de *Wilhelm Meister* que quien reflexiona sobre la condición del actor en realidad reflexiona sobre la condición de la persona en un sentido radical. Más que la maestra dotada de una asombrosa erudición será recordada por su profunda sabiduría sobre la vida. La actuación es hermenéutica de la existencia. Para Esther la vida no es comprensible sin una poética y el arte del teatro solo puede elucidarse como vida.

La conocí cuando era maestra en la Escuela de Arte Teatral de Bellas Artes, en aquellos años de agitación estudiantil. En ese tiempo organizó las Brigadas Teatrales de la CONASUPO, un programa ejemplar para llevar el teatro a los barrios de la periferia metropolitana que entre otras cosas supuso un bautismo de realidad para los aspirantes al teatro. Más tarde encontré en ella a una cómplice imprescindible de la causa del Centro Universitario de Teatro. Esther era esa lucidez en la que la inteligencia se transfiguraba en mujer. Era cautivadora e intimidante como corresponde a los personajes de la mitología y a los profetas de Israel. Aparecía de pronto como una espiga al viento, en la mirada un incendio y en la voz un cántaro quebrado.

Fue amiga cercana de Cioran y consiguió hacerlo reír. Sorprendió al niño que se asomaba en Julio Castillo.

Fuimos amigos y hablamos mucho de muchas cosas que nos llevaban a hablar sobre todo de dos, que al final siempre venían a ser la misma: el teatro y Dios.

*Luis de Tavira*  
Octubre de 2021